

2. La alegría el amor entre el tiempo y lo eterno


La presencia de Dios no está en la perfección, que no se da jamás, y tampoco en nuestro esfuerzo voluntarista hacia la perfección. “El amor convive con la imperfección” (AL 113). En la vida de nuestras familias no se puede pedir que exista la perfección, ni que el otro sea perfecto o nos ame con un amor perfecto. Lo único absoluto que hay que reconocer como tal es el amor del Señor, de quien nos debemos dejar conducir y en quien aprender a amar y a aceptarnos.

La perfección del amor está en la raíz que nos es dada y no falla jamás; y está en el cumplimiento, también donado, para invocar y al que contribuir no dejando jamás de crecer en el amor.

Esta forma tan particular de amor que es el matrimonio, está llamada a una maduración constante, porque hay que aplicarle siempre aquello que santo Tomás de Aquino decía de la caridad: «La caridad, en razón de su naturaleza, no tiene límite de aumento, ya que es una participación de la caridad infinita que es el Espíritu Santo. [...] Tampoco por parte del sujeto se

le puede prefijar un límite, porque al crecer la caridad sobrecrece también la capacidad para un aumento ulterior». San Pablo exhortaba con fuerza: «Que el Señor os haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros» (1Ts 3, 12); y agrega: «En cuanto al amor mutuo [...] os exhortamos, hermanos, a que sigáis progresando más y más» (1Ts 4, 9-10). Más y más. El amor matrimonial no se cuida ante todo hablando de la indisolubilidad como una obligación, o repitiendo una doctrina, sino afianzándolo gracias a un crecimiento constante bajo el impulso de la gracia. El amor que no crece comienza a correr riesgos, y podemos crecer solamente respondiendo a la gracia divina [...]. El don del amor divino que derrama sobre los esposos es al mismo tiempo un llamado a un desarrollo constante de este regalo de la gracia». (AL 134)

No hacen bien algunas fantasías sobre un amor idílico y perfecto, privado así de todo estímulo para crecer. Una idea celestial del



amor terreno olvida que lo mejor es lo que todavía no ha sido alcanzado, el vino madurado con el tiempo. Como recordaron los Obispos de Chile, «no existen las familias perfectas que nos propone la propaganda falaz y consumista. En ellas no pasan los años, no existe la enfermedad, el dolor ni la muerte [...] La propaganda consumista muestra una fantasía que nada tiene que ver con la realidad que deben afrontar, en el día a día, los jefes y jefas de hogar». Es más sano aceptar con realismo los límites, los desafíos o la imperfección, y escuchar el llamado a crecer juntos, a madurar el amor y a cultivar la solidez de la unión, pase lo que pase. (AL 135)

La perfección del amor, la plenitud de la comunión no es la de pretender, sino la de construir con humildad y tenacidad, y de aceptar como lo que nos es prometido y lo que nos será donado más allá de cada limitación nuestra, más allá de toda imaginación y espera nuestras.

Las palabras del Maestro (cf. Mt 22, 30) y las de san Pablo (cf. 1Co 7, 29-31) sobre el matrimonio, están insertas —no casualmente— en la dimensión última y definitiva de nuestra existencia, que necesitamos recuperar. De ese modo, los matrimonios podrán reconocer el

sentido del camino que están recorriendo. Porque, como recordamos varias veces en esta Exhortación, ninguna familia es una realidad celestial y confeccionada de una vez para siempre, sino que requiere una progresiva maduración de su capacidad de amar. Hay un llamado constante que viene de la comunión plena de la Trinidad, de la unión preciosa entre Cristo y su Iglesia, de esa comunidad tan bella que es la familia de Nazaret y de la fraternidad sin manchas que existe entre los santos del cielo. Pero además, contemplar la plenitud que todavía no alcanzamos, nos permite relativizar el recorrido histórico que estamos haciendo como familias, para dejar de exigir a las relaciones interpersonales una perfección, una pureza de intenciones y una coherencia que sólo podremos encontrar en el Reino definitivo. También nos impide juzgar con dureza a quienes viven en condiciones de mucha fragilidad. Todos estamos llamados a mantener viva la tensión hacia un más allá de nosotros mismos y de nuestros límites, y cada familia debe vivir en ese estímulo constante. Caminemos familias, sigamos caminando. Lo que se nos promete es siempre más. No desesperemos por nuestros límites, pero tampoco renunciemos a buscar la plenitud

de amor y de comunión que se nos ha prometido. (AL 325)

“No es necesario por eso dejar de caminar sin desalentarse frente a la esperanza del límite y gozando de la fuerza que los vínculos que logramos construir, sabiendo que nada del amor se pierde, que cada fragmento de bien en la historia de nuestros vínculos será asumido y llevado a su cumplimiento, florecerá en la plenitud de la comunión de la fiesta sin fin.


El tiempo de la vida de las familias se comprende sólo en relación a la plenitud de la comunión que es la vida de Dios y que es la raíz, la respiración, el cumplimiento. En el sacramento del matrimonio los esposos están unidos por el amor mismo de Dios en el amor que se prometen y se dan recíprocamente. El sacramento no está en los hombros como algo acontecido que permanece allí, similar a una cosa; es dinamismo, fuerza que transforma y regenera, fuente viva de la cual extraer en los tiempos y en las estaciones de la vida familiar que brota de ella. Insertados en Cristo Jesús, los cónyuges son conformes a Él, hechos partícipes en Él de la vida de Dios que es vida de comunión, pero en una dinámica que suscita la responsabilidad, la capacidad de una adhesión libre y de un compromiso activo de custodia y de cuidado.

Hay que ayudar a advertir que el sacramento no es sólo un momento que luego pasa a formar parte del

pasado y de los recuerdos, porque ejerce su influencia sobre toda la vida matrimonial, de manera permanente” (AL 215).

Un desafío de la pastoral familiar es ayudar a descubrir que el matrimonio no puede entenderse como algo acabado. La unión es real, es irrevocable, y ha sido confirmada y consagrada por el sacramento del matrimonio. Pero al unirse los esposos se convierten en protagonistas, dueños de su historia y creadores de un proyecto que hay que llevar adelante juntos. La mirada se dirige al futuro que hay que construir día a día con la gracia de Dios [...]. A los nuevos cónyuges hay que mostrarles esto con claridad realista desde el inicio, de manera que tomen conciencia del hecho que «están comenzando». El “sí” que se intercambiaron es el inicio de un itinerario, con un objetivo capaz de superar lo que planteen las circunstancias y los obstáculos que se interpongan. La bendición recibida es una gracia y un impulso para ese camino siempre abierto. Suele ayudar el que se sienten a dialogar para elaborar su proyecto concreto en sus objetivos, sus instrumentos, sus detalles. (AL 218)

El camino implica pasar por distintas etapas que convocan a donarse con generosidad: del



impacto inicial, caracterizado por una atracción marcadamente sensible, se pasa a la necesidad del otro percibido como parte de la propia vida. De allí se pasa al gusto de la pertenencia mutua, luego a la comprensión de la vida entera como un proyecto de los dos, a la capacidad de poner la felicidad del otro por encima de las propias necesidades, y al gozo de ver el propio matrimonio como un bien para la sociedad. (AL 220).

Una de las causas que llevan a rupturas matrimoniales es tener expectativas demasiado altas sobre la vida conyugal. Cuando se descubre la realidad, más limitada y desafiante que lo que se había soñado, la solución no es pensar rápida e irresponsablemente en la separación, sino asumir el matrimonio como un camino de maduración, donde cada uno de los cónyuges es un instrumento de Dios para hacer crecer al otro. Es posible el cambio, el crecimiento, el desarrollo de las potencialidades buenas que cada uno lleva en sí. Cada matrimonio es una «historia de salvación», y esto supone que se parte de una fragilidad que, gracias al don de Dios y a una respuesta creativa y generosa, va dando paso a una realidad cada vez más sólida y preciosa. Quizás la misión más grande de un hombre y una

mujer en el amor sea esa, la de hacerse el uno al otro más hombre o más mujer. Hacer crecer es ayudar al otro a moldearse en su propia identidad. Por eso el amor es artesanal. Cuando uno lee el pasaje de la Biblia sobre la creación del hombre y de la mujer, ve que Dios primero plasma al hombre (cf. Gn 2, 7), después se da cuenta de que falta algo esencial y plasma a la mujer, y entonces ve la sorpresa del varón: «¡Ah, ahora sí, ésta sí!». Y luego, uno parece escuchar ese hermoso diálogo donde el varón y la mujer se van descubriendo. Porque aun en los momentos difíciles el otro vuelve a sorprender y se abren nuevas puertas para el reencuentro, como si fuera la primera vez; y en cada nueva etapa se vuelven a “plasmarse” el uno al otro. El amor hace que uno espere al otro y ejercite la paciencia propia del artesano que ha sido heredada de Dios. (AL 221)

El amor tiene necesidad de tiempo: no de un tiempo para consumir, sino de un tiempo para vivir, para escuchar. Es necesario darse tiempo para saber esperar, para escucharse, comprenderse y perdonarse. Darse tiempo para construir, para dialogar, para proyectar y para “negociar”.

La maduración del amor implica también aprender a 'negociar'. No es una actitud interesada o un juego de tipo comercial, sino en definitiva es un ejercicio del amor mutuo, porque esta negociación es un entrelazado de recíprocas ofrendas y renunciaciones para el bien de la familia. En cada nueva etapa de la vida matrimonial hay que sentarse a volver a negociar los acuerdos, de manera que no haya ganadores y perdedores sino que los dos ganen. En el hogar las decisiones no se toman unilateralmente, y los dos comparten la responsabilidad por la familia, pero cada hogar es único y cada síntesis matrimonial es diferente. (AL 220)

A pesar de la fragilidad en el tiempo, el matrimonio y la familia nos hacen comprender que estamos hechos para la comunión, hechos para estar en relación con la imagen del Dios Trino y que "la unidad de todo el género humano en la "unión íntima con Dios" es el fin último que guía la historia humana, así como la existencia de cada uno de nosotros.

Querer formar una familia es tener la valentía de formar parte del sueño de Dios, la valentía de soñar con Él, la valentía de construir con Él, la valentía de jugar con Él esta historia, de construir un mundo donde nadie se sienta solo. (AL 321)


Signos de interrogación

A nivel personal

- ¿Qué sentido doy a la alegría del amor?
- ¿Qué conexión concibo entre alegría y responsabilidad en la vida de mi familia? ¿Soy capaz de experimentar la alegría de las dificultades y las dificultades de cada día?
- ¿Soy capaz de comprender mi historia familiar como un camino?
- ¿En nuestra familia no nos detenemos nunca a repensar y a proyectar juntos esta historia?
- ¿Logramos darnos tiempo?
- ¿Cómo me relaciono con la experiencia de la imperfección en los vínculos familiares? ¿Cómo se vive la relación con la imperfección en mi familia?

A nivel de Iglesia

- ¿Qué caminos de preparación al matrimonio proponemos? ¿Somos capaces de ayudar a aceptar el don de la gracia que está en el matrimonio y el dinamismo de responsabilidad que genera?
- ¿Sabemos proyectar el camino al que abre el matrimonio? ¿Sabemos ayudar a comprender el sentido último de este camino que hay que construir día a día? ¿Sabemos ayudar a comprender el tiempo en relación con lo eterno? ¿Educamos para estimar



la belleza y la riqueza de las relaciones familiares también en su fragilidad?

- ¿Qué cuidado reserva la comunidad eclesial a las distintas estaciones de la vida familiar? ¿Sabemos acompañar y sostener a las familias en el tiempo?

A nivel de Acción Católica

- ¿Cómo educamos en el cuidado de las relaciones? ¿Formamos en los afectos acorde al sentido del tiempo?
- ¿Qué espacio tiene en nuestros caminos formativos la comprensión del sentido último de la existencia de cada uno y de la historia común?
- ¿Cuánto sabemos sostener y acompañar en el discernimiento vocacional? ¿Somos conscientes que la vocación de cada uno de nosotros tiene necesidad de ser confirmada, consolidada y redescubierta siempre de nuevo?
- ¿Sabemos sostener y acompañar la vida de las familias en las vicisitudes y en las estaciones que señalan el curso? ¿Formamos en la capacidad del discernimiento, en la disponibilidad a buscar en los acontecimientos de la vida y en las relaciones la voluntad del Señor?

A nivel social/comunitario

- ¿Qué “escuchamos” en nuestro entorno social acerca de proyecto vital de ser matrimonio y familia?

- ¿Qué debilidades y fortalezas descubrimos en esta escucha atenta?
- Ante una realidad debilitada en orden a la imagen mediadora de familia para una una opción vocacional ¿qué podríamos hacer?

Como conclusión de esta triple mirada

- ¿Qué acciones concretas podemos proponernos para transformar positivamente la realidad a partir de lo compartido?



Proponerse tres acciones